

LUISA VALENZUELA

# COMO EN LA GUERRA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1977 (Editorial Sudamericana)  
Primera edición FCE México, 2004 (en *Trilogía de los bajos fondos*)  
Primera edición FCE Argentina, 2009

## Índice

---

Valenzuela, Luisa

Como en la guerra. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2009.

166 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-818-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

---

Armado e ilustración de tapa: Juan Balaguer

Foto de solapa: Juana Ghera

D.R. © 2009, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Av. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-818-4

Comentarios y sugerencias:  
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

<i>Página cero</i> .....	11
<i>I. El descubrimiento</i> .....	15
<i>II. La pérdida</i> .....	89
<i>III. El viaje</i> .....	119
<i>IV. El encuentro</i> .....	155

El amor es la guerra civil de los nacidos.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Ya no tiene más razón  
explicar mi suerte perra:  
meterle adentro al amor  
es andar como en la guerra.

COPLA ANÓNIMA

## *Página cero*

*–Yo no fui. No sé nada, les juro que nunca tuve nada con ella.*

*–Se te vio entrar a altas horas de la noche en su casa. En Barcelona. Dos veces por semana durante varios meses. ¡Cantá!*

*–Lo que sé de ella a ustedes no les puede interesar.*

*–No jodas, ricurita, delicioso, doctorcito. No nos hagás perder el tiempo ¡qué buscabas? Cantá.*

*Una mano enorme se acerca a la cara del hombre para estallar. No, no, no, no en una bofetada sino en caricia sobre su frente. Eso en épocas de chico, no ahora mientras aprende entre rejas el oficio de adulto.*

*La naturaleza no tiene grandes primeros planos y es cosa de cada uno el ponerse bien lejos o bien cerca y elegir la perspectiva que más se acomode a sus afectos. El individuo busca el gran primer plano, el perfecto aislamiento: puede usar aparatos o acomodar el ojo.*

*Una mano gigante por lo tanto es algo bien de cada uno, es cosa que se busca y se aísla. GPP ya es avanzar un paso, el instante previo a meterse en las cosas, la barrera infranqueable. De golpe*

*la mano que se nos está acercando se diluye e ingresamos en ella, entramos en un universo compuesto por las líneas de la vida, del corazón, la suerte y un desdibujado surco que prefigura el cerebro. La mano es el vehículo y resulta fácil dejarse llevar por él hasta el fondo de las cosas y penetrar en un mundo sin señales, un mundo difuso donde yo me reformo y recompongo.*

*Hubo épocas mejores, debo reconocer que hubo momentos lúcidos cuando mi deber no consistía en desterrarme el dolor –más bien todo lo contrario– y fueron los momentos que pasé con ella. ¡No sé nada! les grito para probar que existo porque se han olvidado de mí concentrándose tan sólo en las plantas de mis pies o en mis testículos.*

*Violado por un caño de revólver. Este triste destino parece ser el mío y grito de dolor, nunca de miedo. Ellos quieren agarrarme por el lado del pánico; para no caer en esta trampa me concentro en la vida que late por encima de mis cejas y les dejo abandonado todo el resto del cuerpo. Está muerto mi cuerpo por debajo de las cejas, muerto mucho antes de que el tipo me sacuda el revólver en las tripas y se ría mientras dice ahora aprieto el gatillo. AHORAAPRIETOELGATILLO resuena en todas partes me rodea se ha vuelto una cámara acústica el gatillo el gatillo me devuelven las paredes y me voy a vengar de estas paredes voy a estallar sobre ellas y salpicarles cada rincón de mierda. Qué gran consuelo. Qué salpicón sublime cuando apriete el gatillo el gatillo el gatillo.*

## I. EL DESCUBRIMIENTO

Nació como nacemos todos, protestando por su/nuestra puta suerte. No se pudo establecer si cada berrido fue queja por ingresar en el mundo o por algo más sutil, como una angustia por la raza humana –los hermanos– al incorporarse a este otro líquido amniótico tanto más colectivo que es el aire. No se sabe si hubo que agarrarlo/a de las patitas y sacudirlo/a bien para que largase el grito. Pero eso de que el grito vino no deja ni un ápice de duda porque el tal grito continúa resonando y amenaza con tapar los absurdos pozos de silencio que se hacen oír por estas latitudes. ¿Cuál fue la latitud que vio su nacimiento? Existen las coordenadas palpables y otras de sus sueños, no siempre interfiriéndose: las de sus sueños tienen caballos desbocados, en las palpables hubo caballos sometidos a carros de lechero, un hielero que dejaba su charco en la puerta de calle, una casa a la vuelta de algunos misteritos y el taller de un zapatero remendón donde buscó refugio al escaparse de su casa a eso de los cinco años. Abortada huida pero desde entonces la huida parece ser su sino y hasta los 12 años de edad le anduvo haciendo zancadillas a la muerte. Después se le alejó la muerte dejándola bastante abandonada, a ella justamente que había sabido acecharla en los rincones y atusarle su bigote de gato. Ella: mandada a hacer para molestar gatos hasta el día aquel en que un gato negro casi le arranca un ojo –negro– de un zarpazo.

En cuanto a las arañas, es capítulo aparte o quizá parte de un capítulo por venir ya que las arañas también tienen su palabra en esta historia (la historia de una vida, poca cosa).

De muy chica le abrieron la cabeza para ver qué había dentro y presumiblemente no encontraron nada porque la largaron con un agujero detrás de una oreja sin siquiera temer que se le escapara el alma o alguna insospechada idea o lo que putas pudiera haber dentro de una cabeza ¿humana? Conclusión: nada de escapable habían encontrado allí dentro y por lo tanto pudieron dejar la trepanación al desamparo, cuidada por ninguno, y durante largos años ella debió enfrentar las olas con tapones de goma en los oídos para que no entrara el agua (si malo es una cabeza vacía, peor aún es una llena del líquido elemento). La cabeza hueca a veces trae sus beneficios, a veces es martirio y otras resuena como loca, como le resonó a ella haciéndole creer que su vecino el zapatero remendón trabajaba de noche cuando en realidad la laburante nocturna era su propia sangre, a martillazos. Sangre sí que tenía y no perdió demasiada con el correr del tiempo aunque supo jugársela —al menos lo cree ella— por cosas noblemente innecesarias.

Volviendo a la cabeza, a continuación transcribiremos unas anotaciones tuyas que quizá puedan ser de utilidad a algún estu-dioso que recorra estas líneas. El texto de ella dice así:

cabezas hay para todos, una por persona cuando no se actúa *manu militari* y se las expropia por medios admitidos: el hacha del verdugo, la guillotina y demás inventos del hombre para el hombre. Pero dejando de lado la cavidad craneana, no debemos olvidar nunca el sacrosanto deber del sacro y del ilíaco: sacudirse hasta el desquicio en un baile sin fin y sin cabeza.

quiero que una mano se estire hasta la mía y propague el cambio de tensiones. quiero estar en la mirada de aquellos que no me

corresponden a mí sino a alguna otra, y que no corresponden a mis avances ni a mis gestos de amor ni a mi heroísmo. ¿con quién amaré hoy, con quién mañana? ¿qué hago cansándome este brazo que no es mío y desentendiéndome de aquellas regiones remotísimas donde el sol no se pone ni toma naranjada? un sol sin naranjada, dios nos valga ¿dónde está su color, su exuberancia?

si algún día llego a entender mi letra, a descifrar mi mensaje, ese día sabré de los oscuros secretos que quiero transmitirte. en el mes de agosto, en las antípodas, nada puedo saber de quienes en momentos sublimes como éste se juegan los calzones (la cabeza) en algún juego preciso, inoportuno. allí están los siete atletas tan vestidos de azul, empilchaditos, armando una torre humana en movimientos lentos como autómatas y no son otra cosa, allí está la rueda gigante que gira en torno de nosotros, las luces del trencito aquel de la noche de reyes como el tango, como la desdicha humana, la miseria inyectable. he encontrado las drogas que esta sociedad consume: miseria endovenosa, gritos por vía oral, supositorios cáusticos. en la guerra de ideas nunca gana el más inteligente sino el más despabilado, el irredento, el hombremono que trepa por las ramas y se aleja así de toda sensación preestablecida. aprioristas de noches de desvelo y la noche está aquí, me espera en esquinas no por demás lejanas, me acompaña en mis actos de destierro tales como olisquearles el culo a los pichichos.

esta sana costumbre la he aprendido de ellos, no tengo por qué sentirme orgullosa ni estar avergonzada. ni sentirme orgullosa ni estar avergonzada. ni sentirme orgullosa ni estar avergonzada es el perfecto equilibrio sobre esta cuerda floja de la vida que me tengo merecida por boluda. una bola atrás y otra delante, para hacer contrapeso. un paso más y caigo, uno menos y ya sé dónde deberán ir a buscarme los pocos que aún

en estos días se dedican al estudio de costumbres ajenas (las costumbres propias son más inconfesables, abrigadas como un tubo de pasta espesa y dúctil). pero yo ya no estoy más para estos trotes, por eso me solazo en las cosas invisibles de este mundo; lo hago para aplacar mis iras intestinas, el horror que se desprende de mis formas oscuras... están todos en el suelo, sentados en semicírculo, esperando la salida de la luna para cantarle en coro. son grises, esfumados, no quieren saber nada con la danza que mueve las copas de los pinos —el olor de los pinos, su perfume ancestral. me pregunto qué les pueden sugerir las copas de estos árboles sonoros ¿un jardín de agua quieta? ¿un molino de rezos? en lo que a mí respecta, quisiera algo muy lento que se escurra por entre los dedos para ir estirando a lo largo de las noches su necesidad de ser, su inmemorial quietud de mediodía.

Los textos de ella casi nunca coinciden con las fechas a las que hacemos referencia pero son pertinentes, por más impertinentes que parezcan. Al menos así lo creemos. Nosotros tenemos nuestros propios métodos de análisis y les pedimos por favor que los respeten, así como pedimos que respeten el trabajo inconsciente de nuestra analizada.

De su infancia hemos obtenido muy pocos elementos para realizar éste su diagnóstico. Su primer placer consciente parece haber tenido lugar a los dos años de edad, cuando consiguió después de mucha reflexión abrir la puerta de la heladera y tomar los huevos uno a uno para dejarlos caer; los huevos rotos a sus pies le produjeron un gozo profundo. Ni vale la pena interpretar este hecho tan transparente, ella misma acota que el placer de romper los huevos se ha ido reiterando en distintas épocas de su vida de manera bastante metafórica.

Florcita de azahar, sangre viva. De su primera infancia hemos podido obtener tan poca información para colocarla bajo nuestro

microscopio. Es un muestreo imperfecto que no nos da una idea exacta del mal que ya debió manifestarse en aquel entonces.

Pudimos sí, desde un principio, ir rearmando diálogos al azar, piezas sueltas para nuestro rompecabezas:

—¿Será porque me dijeron que llevan su casa a cuestras? y dejan una estela de baba plateada, es decir que trazan su camino y yo los amo. Nadie me entiende ni los entiende a ellos y por eso los amo y los quiero llevar conmigo a todas partes. Están dentro de sus casas dentro de sí mismos, ponen huevitos transparentes, son transparentes cuando nacen con sus dos cuernos como antenas y me caminan por las manos, a lo largo del brazo, y los estoy viendo ahora, me estoy acordando de estas cosas para usted, doctor.

—No me llame doctor, llámeme Pepe

(hay que acelerar la transferencia, hay que acelerar la transferencia nos dijimos quizá impacientes. No se puede dejar a la enferma librada a sus afectos).

Resulta que me vi obligado, si me están permitidas las referencias personales, a dedicarme por ella al psicoanálisis de manera bastante clandestina. No que mis estudios no me lo permitieran, no. Me permiten eso y mucho más, tanto como para llevar adelante esta investigación por todos los recovecos de la psiquis humana y por unos cuantos más también que iremos descubriendo con el tiempo.

Por eso mismo, muy entrada la noche, solía yo llegarme a su habitación en el pasaje des Escudellers; eran épocas duras para ella pero también para mí, sólo que ella no podía saber nada de mí y yo lo quería saber todo de ella. Con alguien tenía que desahogarse, al fin y al cabo, después de haber pasado largas horas escuchando las historias de los otros en el cabaret de enfrente. Ganaba poco con su trabajo de copera y por eso yo no le cobraba nada, cosa que le hacía perder a mi labor mucho de



su ortodoxia pero también mucho de su rigidez dogmática. Hay que tener en cuenta otros detalles que le sumaban elasticidad al análisis y que me permitían avanzar rápidamente, a saber:

*a)* Ella ignoraba que yo estaba ocupado en su terapia.

*b)* No sabía siquiera quién era yo.

*c)* Ni podía saber que yo era yo todas las veces que iba a verla, pues me aparecía —las madrugadas de los lunes y los jueves— caracterizado de diferentes maneras.

La elección de los disfraces se fue haciendo según un método rigurosamente basado en el azar, no así la elección de los horarios que fueron establecidos a partir de una larga investigación previa:

al abrigo de un portal vigilamos sus entradas y salidas, registramos con minucia sus movimientos, sus atuendos, su vida tras las cortinas rojas de su altillo o bajo la luz muerta del bar de camareras donde trabajaba. Pudimos establecer así el momento más seguro y mejor para encontrarla en casa, agotada y por eso mismo más dispuesta a revelar sus mecanismos inconscientes. Las tres de la mañana se impuso como la hora ideal, en la madrugada de los lunes y los jueves (y a veces de algún sábado).

Es imprescindible que comprendan la cantidad de sacrificios que esta labor exigía de nuestra persona. El autor de este estudio, humilde profesor de semiótica para servir a ustedes, no podía ni siquiera permitir que Beatriz, su señora esposa, se enterara de la nueva investigación en la que estaba sumido y por ello mismo se veía en la obligación de salir furtivamente de su casa por las noches como un maleante y de recorrer solito las calles más oscuras mientras su señora esposa roncaba plácidamente en la cama camera —la cama de ella era una cama turca de lo más recatada aunque sabía tanto o más del amor y de la vida que cualquiera de esas camas anchurosas que alardean por ahí— y nuestra señora esposa, repito, roncando en nuestra cama y después dice

que tiene el sueño liviano y que cualquier ruidito la despierta, y nosotros saliendo de la casa con sigilo, caracterizados de diversas maneras porque ella no nos hubiera aceptado de otro modo, es decir del mismo: repetido. Y el peligro latente de ser sorprendidos por nuestra señora esposa y nosotros dispuestos hasta a simular sonambulismo si fuera necesario.